

Muriel, con su copa de whisky escocés favorito en la mano, disfruta de la fiesta en casa de un amigo francés, como ella, que vivía en Bilbao, el barrio.

Le apasionaba España debido al clima, por eso había decidido estudiar lenguas extranjeras, especialidad español, para pasar las vacaciones en la playa.

Había nacido en Lyon, aunque había vivido durante toda la carrera en París, con su novio.

Él había estudiado también filología, como lo llaman aquí, aunque a ellos “el amor por las palabras” no le parecía el modo apropiado de denominar una carrera.

Por cierto, ésa era otra palabra española que a ellos les sonaba muy mal.

La carrera, como en inglés, era la trayectoria profesional.

Y es que puestos a poner objeciones, nadie les superaba.

Manu, su novio, era así, se pasaba el día criticándolo todo, desde el fútbol a la CocaCola

pasando por los vaqueros, que le parecían una verdadero símbolo de alienación.

A ella alguna vez le hubiera gustado ponérselos, pero nunca se había atrevido en los diez años que llevaban juntos.

Se habían conocido en el instituto, y el enamoramiento había sido total por ambas partes.

Él era alto y guapo, con el pelo largo, lo cual no terminaba de convencerle, pero tenía la esperanza de que algún día se lo cortaría.

Ella era la hija única de una profesora y un juez.

Y sus padres, siempre tan generosos, les habían pagado a ambos los estudios; ya que los de Manu, la verdad, financieramente eran un desastre.

Por una parte a su familia le sobraba el dinero, y por otra estaba casi segura de que su novio, un filólogo en el verdadero sentido de la palabra, llegaría algún día a convertirse en un gran escritor.

Ella quería ser profesora de secundaria.

Se había presentado a las oposiciones nada más terminar los estudios, es decir el año pasado por estas fechas.

Lógicamente no las había aprobado, puesto que no había tenido tiempo de prepararlas.

Por eso se habían venido a vivir a Madrid, para que ella pudiera practicar español durante un año y pasar fácilmente el examen, que por cierto sería dentro de dos semanas.

Estaba convencida de aprobar.

Siempre se había encontrado tan segura de misma...

Aunque tampoco era difícil sentirse así si montaba a caballo, tenía la ropa más elegante que ninguna chica de su edad pudiera soñar, y para colmo la naturaleza la había hecho exuberante.

El primer chico del que se había enamorado había caído rendido a sus pies, y era un amante extraordinario, haciéndole elevarse hasta las estrellas cada vez que hacían el amor.

La verdad es que ahora lo hacían con menos frecuencia, aunque ella se consideraba tan enamorada de él como antes.

El vivir en España les había unido aún más si cabe.

Aquí ella no tenía amigas.

En casi un año no había conseguido intimar con ninguna española.

Le parecían demasiado alocadas y poco sensibles, nada delicadas.

Por no hablar del mal gusto que tenían para vestirse.

El ejemplo es la gorda que está hablando en este momento con mi novio, que lleva un vestido que no se lo pondría ni mi abuela, piensa mientras saborea su whisky favorito, un Glenfiddich de reserva.

Muriel no puede dormirse, y para colmo su novio seguía levantado. Le escuchaba caminar por el salón-cocina del apartamento que compartían cerca del museo del Prado, el lugar favorito de él, que por una extraña razón era adicto al arte. Le había contado que de pequeño, cuando había visto una pintura del siglo XVII escondida en el garaje, le había impresionado de tal manera que desde entonces observaba cada pincelada como si tuviera un infinito valor semiótico. Pero ella, que desde pequeña había ido al psicoanalista, tenía otra teoría diferente. Pensaba que como habían encarcelado a su padre varios años justo en la época que él atravesaba su fase edípica, se había sentido el responsable de la desgracia familiar. Entonces, al hacerse mayor, el cuadro que envió a su padre a prisión cobró la dimensión fantasmática de un superyó. Lo cierto es que lo suyo con la pintura le parecía una enfermedad. Podía vivir perfectamente sin hacer otra cosa que mirar un cuadro. Hombre, ella estaba de acuerdo en que eran bonitos, pero sin más, como podía serlo una pulsera, unos zapatos, o un vestido. Claro que antes del invento de la fotografía aquello suponía la única manera que existía de representar e inmortalizar el presente. Y todo el que podía, lógicamente, se hacía retratar. Los reyes, por ejemplo, tal como mostraban los cuadros del museo del Prado, tenían trabajando a sus pintores años y años para lograr ser inmortalizados con la mayor solemnidad. A ella esas imágenes no le parecían diferentes de las que ahora veíamos en el televisor. Lástima que no pudiera compartir con él su pasión pictórica. Él mantenía que la pintura era como la poesía. Por cierto, ésa era otra cosa que ella no entendía. Las canciones, con sus estribillos, rimas y todo eso, le parecían lo más poético que uno podía escuchar. En ese caso también tenía la teoría de que antes de existir los discos, como no todo el mundo es capaz de cantar, la gente se conformaba con leer y aprenderse de memoria poemas románticos. Y hablando de romanticismo, se decía, hay que ver cómo me besó Maurice. Aquel amigo suyo, que conocía desde que eran niños pues sus padres tenían una casa en Niza justo al lado de la suya, llevaba años detrás de ella. Recordaba que antes de empezar a salir con Manu, el otro ya le tiraba los tejos. Pero por entonces no sólo no le gustaba, sino que le repugnaba su cuerpo regordete y blanducho. Sin embargo, a medida que pasaba el tiempo, quizá debido a que viajaba por todo el mundo, se estaba poniendo cañón. En el fondo sospechaba que había pedido ser trasladado a Madrid para estar cerca de ella, puesto que le parecía demasiada casualidad que le destinaran allí justo al mes de haberle dicho que vivía en esa ciudad. Luego estaban las fiestas, una cada sábado. Resultaba evidente que no reparaba en gastos. Cada vez había más chicas, pero él sólo la miraba a ella. Por una parte lo comprendía, ya que las españolas, por guapas que fueran, carecían de estilo y refinamiento, resultando tan burdas que comprendía que su amigo no deseara en absoluto a una mujer de ese tipo. Chicas así estarían bien para liarse con ellas una noche, razonaba. Cuanto más piensa, menos sueño tiene, como si ambos estuvieran enfrentados.

Muriel está haciendo las maletas con la intención de irse a París.

Había comprado por internet el billete para un vuelo que salía esa misma mañana.

Se quedaría en casa de una amiga hasta que pasaran los exámenes, y luego se tomaría unas buenas vacaciones.

Viajaría a un país exótico con su madre y allí reflexionaría sobre su futuro, el cual dependía de la nota que sacara en la oposición.

Le gustaría trabajar en París, vivir en un buen barrio y tener hijos; lo que se dice llevar una vida tranquila.

Estaba claro que aquello no era lo que Manu deseaba.

Al fin, tras haber discutido como nunca hasta entonces lo habían hecho, se había dado cuenta de que no tenían las mismas perspectivas de futuro.

Él era un bohemio que no pensaba ponerse a trabajar en serio por el momento.

Y es que encima tenía valor de decir que se trataba de una cuestión de principios dado que defendía “la huelga humana”.

Él, que siempre había vivido como un rey gracias a ella, ahora le venía con esas después de haber pasado las vacaciones en hoteles de cinco estrellas en montones de países con sus padres.

Lisboa, Venecia, Roma, Praga, Viena, Budapest..., eran algunas de las ciudades que había visitado con su familia, sin contar los cinco años que había vivido a su cuenta en París y uno en Madrid.

Y en lugar de agradecerse, le había soltado que sus padres le parecían unos burgueses aburridos, que cada palabra que pronunciaban resultaba tan falsa que le producía náuseas.

También le había dicho que cuando viajaban lo miraban todo como a través de la vitrina de un escaparate.

¡Qué insolencia!

Y es que en realidad se pasaba la vida protestando y sacándole defectos a todo.

Al menos a partir de ahora iba a poder ponerse vaqueros, y especialmente esos cortitos que llevaban todas las chicas.

Porque él, con su mente retorcida, los consideraba una vejación para las mujeres.

Ella quería ir a la última, por mucho que él se empeñara en que la moda era un modo de someter al género femenino e imponerle tiránicamente un modo de conducta.

Cada vez tenía más claro que el malvado era él, y por eso veía amenazas donde no las había.

A partir de ahora, lo que él pensara ya no le importaba lo más mínimo.

Cuando una relación de pareja se acababa, era de manera definitiva.

Entonces recordaba canciones que afirmaban que el amor no duraba siempre, como una de François Hardy.

Al final iba a resultar cierto que el amor sólo duraba tres años, tal como afirmaba ese escritor francés que a ella le horrorizaba.

En el fondo pensar así tampoco le hacía ningún bien porque había planeado casarse y permanecer toda su vida con el mismo hombre, como su madre.

Aunque por otra parte el divorcio tampoco es ninguna desgracia, se decía.

Pensaba que el propio presidente de su país estaba divorciado y se le veía feliz.

Ella le había votado en contra de la opinión de su novio, que se decía de izquierdas, pero que sin ningún tipo de escrúpulos se había unido a una chica rica, como al parecer también había hecho Marx.

Lógicamente lo que quiere todo el mundo es vivir bien, y lo cierto es que en Francia hay mejores condiciones materiales que aquí, así que me voy.

Modu se encuentra soñando con pasteles de fresa de todas las formas

Muriel quiere despertar a Manu para despedirse.

Lógicamente, marcharse sin decirle ni siquiera adiós le parecía muy violento, y de mala educación.

Miraba su reloj de Cartier desesperada, aunque todavía faltaban más de dos horas para la salida de su vuelo.

Se diría que lo estaba haciendo adrede para fastidiarla, porque juraría que hacía unos minutos le había visto levantarse para ir al baño.

Por una parte le maldecía, aunque por otra se daba cuenta de que aún sentía por él una pasión muy intensa.

En ese momento estaba a punto de sucumbir.

Sentía deseos de meterse también ella en la cama y olvidar todo lo sucedido aquella terrible noche.

Quizás la pelea había sido una de tantas de las que habían tenido lugar a lo largo de su vida juntos.

Era especialista en sacarla de quicio, aunque se atrevería a decir que precisamente eso era lo que más le gustaba de él, porque luego, con un simple arrumaco, la hacía caer rendida a sus pies.

Seguro que se trataba de una táctica masculina, porque sin duda él conocía todos los trucos para mantener a una mujer constantemente excitada.

Lo de darle celos, como aquella noche, tampoco era la primer vez que lo hacía.

Ahora que lo pensaba, menudo historial tenía.

Seguro que me ha visto coquetear con Maurice y por ello me ha montado ese pollo.

Y eso que no sabe que cuando fui a su habitación a servirme mi whisky favorito, apareció de repente y me besó de un modo que de tan ardiente dejó asombrada.

¡Quién lo diría de él!

Entonces sonreía sentada en el borde de la cama dispuesta a olvidar lo sucedido, tanto lo del beso como la disputa.

En ese momento se arrepentía de todo, y pensaba que en el fondo él tenía razón.

Seguro que ella era una absoluta ignorante en materia de arte, de cine, y de muchas cosas más.

Él no quería trabajar como profesor de secundaria por el momento, pero al menos se leía todos los días el periódico y le informaba a ella de la actualidad.

Le gustaba enterarse de las cosas que sucedían en el mundo, pero le daba pereza ponerse a leer con calma las noticias, como él lo hacía.

Prefería pasear, ir de compras, montar a caballo...

Más que aprovecharse de ella, reconocía que vivían en una especie de simbiosis.

Qué culpa tenía él de que sus padres tuvieran tanto dinero y además fueran generosos.

Él se lo merecía porque era educado y culto.

Daba gusto estar a su lado.

Sus conocimientos tendrían que proceder de los libros que leía.

Sabía no sólo de literatura, sino de otros temas complicadísimos como la filosofía, la política o la economía.

Si estaba convencida de que llegaría a ser alguien en el mundo de las letras, sería sin duda por algo.

Entonces siente por él una ternura muy intensa y comienza a acariciarle dulcemente, como él solía hacerlo durante horas, recorriendo su cuerpo suavemente con sus manos y colmándola de placer.

Piensa despertarle para despedirse antes de coger el avión, porque de todas formas tenía que viajar a París tarde o temprano, pero está segura de que permanecerá para siempre a su lado.

Modu sueña con su país, ya que había algo de él que en el fondo

Muriel acababa de perder el avión y llora desesperanzada.

Bien podría comprarse otro billete, para ella no supondría ningún inconveniente pues era rica, aunque de lo que carece ahora es de algo mucho más importante que el dinero, pero no sabría definirlo.

Lo tenía todo, especialmente autoestima, aquello de lo que según Manu carecían casi todas las mujeres.

Sin embargo sentía que le faltaba lo esencial para vivir, como el agua del alma.

¿No era amor lo que él le había ofrecido todos esos años?

Sin duda.

¿Y qué es el amor?

Todo lo que se necesita para ser feliz.

¿Y en qué consiste?

En entregarse a alguien en cuerpo y alma olvidándose de uno mismo y fundiéndose con la eternidad.

“Cuanto más vacío está un corazón, más pesa”, había leído una vez, y qué cierto era.

Lo pesaroso, la pesadumbre, eran palabras que había estudiado en español y que en su momento había memorizado porque compartían raíz con el verbo pesar.

Ahora, precisamente, entendía por qué significaban tristeza.

Entonces los españoles debían estar muy acostumbrados a sufrir porque habían expresado muy bien lo que se siente.

Tanto le costaba soportar la pena que era incapaz de dirigirse al mostrador de venta de billetes de Air France a comprar otro.

Lloraba como si hubiera perdido no sólo un avión, sino el mundo entero, el cielo, el mar, la tierra e incluso el universo con todas y cada una de sus galaxias.

Él le había declarado que ya no la amaba.

No podía ser.

Tendría que tratarse de una crisis temporal.

Ella también había sufrido unas cuantas a lo largo de aquellos diez años.

Todas y cada una, lógicamente, motivadas por la ilusión de otro amor.

Tres veces al menos le había sucedido eso de haber conocido a chicos guapísimos que le habían hecho perder la razón.

En realidad no creía que él pudiera sentir por aquella gorda nada del otro mundo, sino que suponía que se trataría de algún capricho.

O quizás venganza...

Reconocía que aquella noche no había pasado ni un instante junto a él y podría encontrarse resentido por ello.

Y es que Maurice no había dejado de seducirla desde que se había instalado en Madrid, haciéndola caer poco a poco en la trampa.

Aunque en su familia no eran creyentes, como la mayoría de los franceses, pues el suyo era el país del ateísmo, sentía como si hubiera cometido algún pecado que se encontraba expiando.

Si consiguiera ser perdonada tras haber ligoteado semana tras semana delante de sus narices, se sentiría de nuevo dichosa.

Como eso era lo único que realmente le importaba, decidió que no sería necesario volar inmediatamente a París.

Se diría que su corazón, poco a poco, como un globo, había vuelto a inflarse gracias a la esperanza de recuperar a su amado.

Aún así, todavía permanecerá allí llorando algún tiempo antes de vaciarse de la pena que le produce dejar a un hombre tan dulce y cariñoso en manos de otra.

Es como si se me lo hubieran robado, piensa volviendo a llorar desconsolada.

Muriel se encuentra arropada por los brazos de Maurice.

Toda su fortaleza se había venido abajo cuando en el taxi de vuelta había llamado a Manu para decirle que quería volver con él y éste le había contestado que no era posible porque ya estaba con otra.

Eso había representado para ella una puñalada de la que tardaría en recuperarse.

¡Qué crueldad!

¿Aquello era el amor con mayúsculas del que él hablaba continuamente?

Pues menuda mierda.

Al menos sentía que Maurice era su amigo.

La había invitado a comer, y lo cierto es que no cocinaba nada mal.

Sin embargo no se podría decir lo mismo de Manu, pues ahora se daba cuenta de que en diez años nunca le había preparado nada, ni siquiera un café.

Siguiendo el ejemplo de sus propios padres, simplemente por ser mujer, le había servido siempre de la mañana a la noche.

Ella pagaba el piso, compraba, cocinaba, limpiaba...

¡Menudo tirano machista!

Se suponía que ése era el trato, el hombre servía en la cama y la mujer en la casa.

¿Y ésa era la igualdad, la libertad y la fraternidad exaltada por la república de su país?

Ellos, dotados para la intelectualidad, se dedicaban al parloteo de café, igualitos que los moros, pero más sofisticados.

A cada hembra que pasaba por la acera, la devoraban con los ojos, pero si una quería que la besaran o acariciaran, tenía que doblegarse.

Aún así, una vez que tenían pareja, seguían yendo tras las otras como perros, o mejor como gallos, de ahí debía proceder el gentilicio galo.

Vivían sumergidos en una especie de pansexualidad servil.

La suya, y eso siempre lo repetía Manu, era una sociedad extremadamente burguesa donde la gente no estaba dispuesta a romper las barreras sociales mas que devorándose con los ojos.

Al menos allí, el sexo, dios de los ateos, fluía entre ellos, no como en España.

Aquí la gente se reprimía tanto que las miradas de los hombres resultaban enfermizas, como de psicópata.

Ella, que se vestía a la francesa, es decir muy femenina, notaba que, mas que amor, entre las hembras y los machos españoles existía una especie de odio visceral.

Al parecer consumían mucho alcohol, cocaína, y tenían una tasa bastante elevada de violencia de género.

En Francia también, aunque no se publicaban abiertamente los datos de mujeres asesinadas por sus parejas, y además se acusaba de ello a los emigrantes.

Decían que los musulmanes eran terriblemente machistas, pero había que ver a los franceses.

Se diría que frente a las mujeres tenían amputados los brazos, para así no ayudarlas con las tareas del hogar ni acariciarlas en la intimidad.

Lo cierto es que Manu sí le había progigado sus caricias.

Pero luego, para evitar colaborar, siempre tenía en sus manos un libro.

Nunca le faltaban, pues se dedicaba a robarlos, como su padre los cuadros, aunque por ello no nunca iría a la cárcel.

Otra cosa que le repugnaba, era su gusto obsesivo por la felación.

De hecho a esa práctica en español le llamaban francés.

Su próxima pareja tendrá que ofrecerle menos sexo y más ternura, también cocinar y limpiar igual que ella, pues en ello debería consistir el amor.

Así reflexiona mientras se encuentra arropada por los brazos de su amigo.

Muriel, sintiéndose de nuevo amada, se viste de princesa, lo que era en realidad.

Ya no estaba triste, sino que se había dado cuenta de que lo que había sucedido tenía una lógica bien clara.

Lo de Manu estaba abocado al fracaso.

Maurice, su enamorado desde que eran casi niños, la había estado esperando hasta que madurara para formar una pareja seria y duradera.

En realidad Manu no era su estilo.

Ni siquiera pertenecía a la misma clase social.

Él tenía razón cuando decía que ella y su familia eran unos burgueses.

¿Y qué?

Pues eso era lo mejor que podía pasarle a una en los tiempos que corrían.

Resultaba un verdadero privilegio del que no tenía por qué avergonzarse.

Los burgueses de ahora no se encontraban limitados como los de antes.

Ella era una mujer libre.

Podía ir a dónde quisiera y hacer lo que le diera la gana sin problema.

Con su dinero no hacía daño a nadie, sino todo lo contrario.

Si se compraba bonitos vestidos y disfrutaba de la buena vida sin escatimar en gastos, era en realidad para hacerse la vida feliz y hacérsela a los que la rodeaban.

Siempre había sido generosa con ella misma y con los demás.

Manu lo había tenido todo durante diez años a cambio de amarla, así que tampoco se podía quejar.

El amor era lo más valioso de este mundo.

Al menos la burguesía francesa no ponía freno a las pasiones amorosas.

Con eso de la píldora, tras mayo del 68, la sociedad se había liberado de la carga de la procreación indeseada.

Si uno tenía dinero y lo compartía con los demás, especialmente con los que le rodeaban, siempre se sentiría feliz.

Ella era la primera que siempre ofrecía limosna a todos los mendigos que se encontraba.

Aquello, si uno era rico, resultaba realmente gratificante.

El hecho de cocinar, como ella lo había hecho durante todo esos años para Manu, preparándole incluso tartas deliciosas; era otra manera de gozar de la vida tan importante como el amor.

¿Acaso amar no consistía en cuidar a los demás y en hacer cosas por ellos?

Maurice parecía también una persona muy generosa.

Cocinaba de maravilla, la prueba era el pato a la naranja que había preparado.

De postre habían tomado quesos franceses exquisitos y fresas con nata.

Tras una comida así era lógico sentirse reconfortada.

Ahora sonaba la música de Mozart, un concierto para piano en do mayor, la tonalidad de la música alegre y que según Manu en sinestesia correspondía al color rojo.

Puede que ella no fuese una enamorada del arte, como su ex novio, pero era capaz de apreciar el valor de la cultura.

La gastronomía, algo tan importante en su país, suponía también una manifestación cultural importantísima.

En España no se comía ni la mitad de bien.

En el fondo se alegraba pensando que Manu iba a echar mucho de menos los manjares que ella le ofrecía.

La poesía estaba muy bien, podía resultar un saber elevado, pero el buen gusto para comer o para vestirse como una princesa, que era lo que estaba haciendo en ese instante, suponía también una manera de alcanzar la dicha.

Muriel contempla junto a Maurice la puesta de sol desde la Plaza de Oriente, algo que acostumbraba a hacer con Manu, tan aficionado a ellas como el Principito.

Al día siguiente cogerá el avión para París y tratará de olvidarlo.

Aprobará el examen de oposición y se convertirá, tal como ella quería, en profesora de español.

Conseguirá una plaza en París, pero en las afueras de la ciudad.

Allí se encontrará con alumnos realmente problemáticos que le harán reflexionar sobre las ideas de Manu acerca del salvajismo que amenazaba la vasta cultura francesa debido a su inmensa necesidad de esclavos.

Aquellos adolescentes no querrán aprender nada, tal sólo descargar su agresividad contra los demás, profesores incluidos.

Las chicas serán menos agresivas, pero tampoco querrán estudiar.

Ellas no pensarán en otra cosa que maquillarse y competir con sus compañeras por ver quien lleva los shorts más cortos.

Las musulmanas, al menos, protegidas de esa violencia psicológica continua gracias a sus sagrados velos, lograrán un mayor rendimiento académico.

Además, sus alumnos árabes, creyendo que España es un país menos racista, se esforzarán un poquito por aprender con la esperanza de huir de la barbarie a la cual les confina la hipócrita sociedad francesa.

Pero esos serán los menos.

La mayoría se dejará arrastrar por la ola de violencia que desencadenará una guerra civil en su país.

El conflicto se volverá internacional y Europa quedará de nuevo devastada.

Tras toda esa ruina se tratará de crear naciones más justas, con menores necesidades económicas, y por lo tanto bélicas.

El san-simonismo, o Nuevo Cristianismo, será implantado, superando en eficacia al comunismo, pues su pilar fundamental es la igualdad de género.

Aunque Marx había asegurado la lógica autodestructiva del capitalismo, y anunciado su fracaso; la razón de ese afán destructivo será muy distinta a la que él exponía, y la pista para encontrarla se hallará en el Génesis.

Tras siglos de oscurantismo protestante, se descubrirá que la palabra trabajo procede del latín *tripalium*, un instrumento de tortura con el que los romanos sujetaban a sus esclavos para que no pudieran huir.

Siguiendo la misma línea libertadora, se le desvelará a la población que la familia supone un también un modo de esclavitud, pues *familium* era el término que se empleaba para designar a los siervos en una casa romana.

Así, una vez asumido que el trabajo y la familia eran las dos causas del mal en la tierra, se empezará a plantear la posibilidad de liberar a la mujer de la esclavitud sexual que supone el matrimonio y la prostitución.

En cuanto a aquella profesora de español, idioma que como el francés no será más que el recuerdo del lejano pasado de una Europa integrada por nuevas razas; al final se dará cuenta de cuánta razón tenía su ex novio.

Ella, tan chauvinista y perfectamente amoldada a la sociedad de su tiempo, no tardará mucho en comprender las protestas de los españoles iniciadas el 15 de mayo en que se produjo la ruptura con él.

Lo cierto es que nunca se había imaginado lo duro que podía suponer enseñar español en un instituto, y sólo vivirá esperando que lleguen las vacaciones.

Al final Manu iba a tener razón con eso de que la ociosidad, la madre de todos los vicios, tendría que convertirse en nuestra diosa, se plantea años después mientras contempla una puesta de sol junto a Maurice convertido en su esposo.